

En muchas ocasiones he leído y escuchado opiniones acerca de la celebración del Día Internacional de la Mujer Trabajadora. En el diverso abanico de estas opiniones hay de todo, desde aquellas personas que aplauden dicha celebración hasta las que rechazan cualquier celebración especial que tenga relación con la condición femenina.



A lo largo del año se llevan a cabo todo tipo de conmemoraciones, el Día del Libro, el Día Mundial del Consumo, el Día Mundial del Sida... y, digo yo, que si cada catorce de febrero se celebra el Día de los Enamorados (¿qué habrá pasado con las enamoradas?), por qué razón no vamos a recordar cada ocho de marzo que, hace muchos años, ciento veintinueve mujeres murieron abrasadas cuando reivindicaban sus derechos como trabajadoras asalariadas.

No obstante, la evocación o no de estos acontecimientos, no es lo más importante. Lo que verdaderamente importa es que hombres y mujeres logremos ordenar en nuestra mentes el galimatías que parece provocarnos el hecho tan simple de reconocer que, en la sociedad donde vivimos, existe discriminación de la mujer respecto del hombre. No reconocer esta afirmación supone negar lo que es evidente.

Vamos a intentar, pues, aclararnos. Partamos de la existencia del hecho, hay discriminación, porque una parte de la población femenina no se siente a la altura del hombre y porque una parte de la población masculina, no acepta a la mujer como su igual.

Sigamos admitiendo que, de esta situación, nadie tiene la culpa; en todo caso, habría que inculpar a un ente abstracto, llámese cultura, educación o devenir de la vida.

Terminemos aceptando que este desequilibrio tiene arreglo, tenemos que encontrar el punto de apoyo común y éste se establece en el MUTUO RESPETO. Es la misma solución que tienen el resto de discriminaciones, por una razón de raza, etnia, religión, condición o circunstancias o ideas políticas.

No se crean que esta cuestión es tan simple como he intentado exponerles en estas líneas; sin embargo, es una forma de empezar, por lo menos a reflexionar, y, sobre todo, para no caer en el error de aquel escritor que decía: "La igualdad entre los sexos será siempre tan indefinible como el sexo de los ángeles".

Mª Jesús Rodríguez-Brusco Guerrero
(Responsable del Centro Asesor de la Mujer)

Tercera Edad y Participación

Las personas a lo largo de la vida han de pasar necesariamente por circunstancias nuevas y problemáticas que le exigen esfuerzos de adaptación, siendo estas situaciones de aparición predecible.

Uno de estos hechos predecibles es el de la Jubilación, que en algunas personas causa desconcierto. Desde que nacemos y hasta que este hecho se produce, nuestra vida está perfectamente organizada y planificada y cuando llega este momento, caracterizado por el predominio del tiempo libre, descubrimos que no nos habíamos preparado para ello ni habíamos hecho planes de futuro para esta etapa de la vida.



Pero si con la Jubilación, el individuo se desvincula de su vida laboral, se abre ante él un nuevo abanico de posibilidades para llevar a cabo actividades culturales y recreativas. Por ello en los Centros de Tercera Edad, se ofertan actividades de este tipo que persiguen como objetivo fundamental entre otros, el de aumentar las relaciones sociales de las personas mayores, ya que está demostrado que la inactividad, la pasividad, la inhibición y la falta de relaciones sociales disminuyen la calidad de vida.

Teniendo en cuenta todo esto, es necesario decir en cuanto a niveles de participación, que las personas mayores de nuestra localidad prefieren las actividades recreativas que aumentan el intercambio y las relaciones sociales y muestran menos interés por aquellas que requieren nivel de atención y concentración alto. Son más participativas las mujeres que los hombres cuando las actividades son distintas a los juegos de mesa y requieren un mayor despliegue de actividad.

Las actividades preferidas son por este orden: Juegos de mesa, bailes de convivencia, excursiones, asistencia a actuaciones musicales, gimnasia de mantenimiento, manualidades, exposiciones, etc.

Las personas que más participan en las actividades del Centro suelen tener más habilidades sociales para actuar sobre su tiempo disponible, conocer mejor los recursos existentes y han tenido experiencias gratas en la vida asociativa. Las menos participativas son las de mayor edad condicionadas por la aparición de enfermedades, pérdidas de cónyuge, disminución de habilidades sociales o que han tenido experiencias menos gratas en sus relaciones sociales.

De cualquier manera destacar que el perfil de la Tercera Edad de nuestro tiempo es el de una personas que llega a los 65 años con buena salud generalmente, que es activa y dinámica, con un cambio en sus hábitos y en sus aficiones y que supone un reto para los profesionales que trabajan con ellos y para la sociedad en general.

Mª Juana Almarcha Palacios
es directora del Centro de Mayores